

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

AFGANISTÁN: ENCRUCIJADA ESTRATÉGICA DEL ASIA CENTRAL

SANTIAGO QUINTANA PALI
El Colegio de México

Introducción

1) *La geopolítica de un "Estado tapón"*

COMO PAÍS MEDITERRÁNEO, conformado por una masa territorial muy elevada (con una altitud media de 1 200 metros o más) y atravesado por altas cordilleras y vastos desiertos, Afganistán reúne todas las condiciones propicias para ser un "tapón" natural en una región que ha delimitado estratégicamente a grandes imperios en el transcurso de la historia. Desde la más remota antigüedad, Afganistán ha sido un territorio de paso y de límite para los avances hegemónicos de las competencias imperiales en el Asia central. Las accidentadas fronteras con Irán, la Unión Soviética y Paquistán han convertido al país afgano en una pieza clave de los juegos estratégicos regionales. En este sentido, Afganistán funge como la típica tierra "fronteriza" por la que han pasado numerosas e importantes invasiones, sin nunca poder consolidar un control prolongado sobre el país.

A los accidentes geográficos cabe añadir la heterogeneidad étnica y la diversidad tribal que le han impreso un sello muy particular, en términos de articulación y fragmentación del poder, a los diferentes avatares de formaciones nacionales y estatales afganas. Los *pushtun*, que habitan en el centro, este y sur del país, constituyen la etnia numéricamente dominante y políticamente hegemónica del país. Otras etnias importantes son

los *ghilzai* y los *uzbek*, ambas de origen túrquico, distribuidas respectivamente en las colindancias con Paquistán y al norte; los *tajik* de origen persa, y los *chahar aimak* y *hazara* de origen mongol. Los *tajik* y el pequeño grupo de los *kafir* del Nuristán representan lo que probablemente fueron las poblaciones autóctonas del país en un pasado remoto. Con la excepción de los *hazara* y de los *qizilbash* de Kabul, que son musulmanes shi'itas, la gran mayoría de los afganos son sunnitas. El *pushthu* (de la familia de lenguas iránicas orientales) y el *dari* (versión afgana del *farsi*) son dominantes, y desde 1937 son las lenguas oficiales de Afganistán. Históricamente, el nomadismo pastoril ha prevalecido como medio ecológico, económico y social de estos grupos (actualmente se estima que más de 15% de la población de Afganistán es nómada), y la organización tribal aún impregna gran parte de las estructuras políticas, económicas y sociales del país. La fragmentación social, impuesta por el medio y la diversidad étnica y tribal, ha tendido a contrarrestar cualquier proyecto de Estado centralizado en Afganistán.

El desbordamiento de muchas de las etnias afganas, y su identidad y propinuidad con grupos afines más allá de las fronteras políticas del país, delimitadas artificialmente, plantea problemas políticos en sus relaciones con la URSS, Irán y Paquistán. La condición histórica de Afganistán como tapón entre el imperio ruso y el imperio británico en la India ha tenido su efecto colateral en un sistema de comunicaciones dirigidas hacia las áreas fronterizas del país, sin nunca penetrarlo del todo. La intervención soviética en Afganistán desde 1979 introduce por primera vez un intento sistemático de comunicar al país, con el sentido ulterior de integrarlo a la esfera económica soviética del COMECON (Consejo Económico de Ayuda Mutua). Esto ha reducido considerablemente la importancia de los vínculos comerciales tradicionales de Afganistán, otra vez volcados hacia Paquistán y la India.

Hacia 1980, 78% de la fuerza de trabajo afgana estaba empleada en la agricultura y la ganadería (la cuarta proporción más elevada en Asia); la tasa de alfabetismo era de 12% (la más baja en Asia); sólo 22% de los niños en edad escolar asistían a la primaria; las expectativas de vida eran bajas, con un pro-

medio de 37 años; la mortalidad infantil era la mayor en el continente asiático; sólo 20% de la población urbana y 3% de la rural tenían un acceso seguro al agua potable, y el nivel de consumo diario de calorías era muy bajo (1 775). Este contexto era el sustento de las utopías modernizadoras y a la vez la constatación de su fracaso durante más de cincuenta años. Por otra parte, reflejaba los elementos de una sociedad estática, anclada en un pasado histórico en el que siempre se había desconfiado y se seguía desconfiando del gobierno central —el poder central en Afganistán siempre se había expresado en términos de extracción económica u opresión militar de las poblaciones tribales del país.

2) *La nueva utopía social*

A su entrada en la década de los ochenta, Afganistán parecía reunir todas las condiciones objetivas para un cambio revolucionario, a no ser que se dieran verdaderas reformas sociales a fondo, sobre todo en lo que tocaba a las mayorías marginadas del proceso de “modernización” del país. Resulta complicado analizar la inserción de los soviéticos en este panorama de cambio social. Al apoyar la “Revolución de Abril” contra Daud, los soviéticos, cuando apuntalaron el régimen de Nur Muhammad Taraki, quisieron promover profundas reformas económicas a través del nuevo plan quinquenal lanzado en 1979. Se destinó 25% del presupuesto al sector agrícola para triplicar la producción, y se proyectó un desarrollo de la industria pesada y ligera para aumentar el empleo. Hacia fines de 1978 se decretaron medidas para efectuar una importante reforma agraria que limitaría el tamaño de las propiedades a 15 acres por familia, condonaría la mayor parte de las deudas campesinas e instauraría cooperativas agrícolas (se calculaban 1 200 para 1980). Se dispusieron también importantes reformas sociales en contra de las dotes excesivas, los matrimonios infantiles y otras costumbres sociales consideradas retrógradas. Estas reformas fueron interpretadas por grandes sectores de la población como un ataque directo al orden tribal tradicional, por lo que fueron muchas veces contravenidas, resistidas o desconocidas.

Hacia 1981, el régimen de Karmal, que ya había sustituido a los de Taraki y Amin, comenzó a enfrentarse con serias dificultades de financiamiento para sus ambiciosos planes de desarrollo económico y social, aparte de una resistencia popular conservadora. El contubernio del régimen con los soviéticos contribuyó a secar paulatinamente las corrientes de asistencia provenientes de Occidente, y por otra parte sólo acentuó los aspectos de una economía dual, en donde la gran mayoría del país seguía una vida económica divorciada del poco control económico planificado desde Kabul. No obstante, el sector tradicional de la economía sí sufrió fuertes dislocaciones, lo que se hizo patente en la enorme corriente migratoria de refugiados hacia fuera del país. El régimen, y su apoyo soviético, comenzaron a utilizar la distribución de alimentos como un instrumento para combatir la disidencia, provocando graves escaseces en varias regiones rebeldes, lo que se agudizó en el sector tradicional con la opción de combatir en vez de producir. Afganistán comenzó a resentir el decrecimiento de la ayuda económica de países islámicos y de Occidente, que había descendido de cerca de 200 millones de dólares anuales en 1976 a 13.9 millones en 1981. El régimen de Karmal atribuía la crisis que abortaba la nueva utopía socialista afgana, además de a la recesión internacional, a “las actividades destructivas de los contrarrevolucionarios, apoyados por el imperialismo internacional y por los reaccionarios regionales”. Se podría concluir que existen ahora en Afganistán dos economías paralelas: una oficial del gobierno central de Kabul, y otra extraoficial de las áreas de resistencia que cubren casi 80% del país. Ambas economías son extremadamente frágiles y se ven dañadas y desgastadas por los embates de la guerra. Incluso la propia guerrilla ha intentado desarrollar una “economía de guerra”, sustituyendo la producción de bienes de exportación (vgr. algodón) por granos, si bien no se ha ahuyentado totalmente el fantasma de la hambruna. Por otra parte, es notoria la dependencia alimentaria de Kabul y otras ciudades bajo control gubernamental respecto a la URSS.

3) *La integración económica con la esfera soviética*

La asistencia no militar de los soviéticos en Afganistán aumentó de 34 millones de dólares en 1979 a 284 millones en 1981. En el nuevo plan de desarrollo de 1982-1983 se destinaba 27.4% de los recursos al transporte y sólo 10.4% a la agricultura (a pesar de las características netamente agrícolas del país). El plan destinaba 37.6% a las industrias mineras y energéticas, por estar más abocadas a satisfacer necesidades de la URSS. Para 1982, más de 60% del comercio afgano se daba en intercambio en especie con países del campo socialista, principalmente a través de la reexportación soviética de productos afganos. En el caso del gas natural, la URSS le compraba a Afganistán a precios inferiores a los del mercado internacional, e incluso a los de sus propias exportaciones hacia Europa occidental. De hecho, la URSS no hacía pagos en divisas, sino que los deducía de las obligaciones afganas por importaciones y préstamos soviéticos, incluyendo la ayuda militar. Para fines de 1982 la deuda afgana con la Unión Soviética se calculaba en 3 000 millones de dólares, sin contar aproximadamente 2 000 millones anuales desde entonces por asistencia militar.

Se notan muchas indicaciones que apuntan hacia el forjamiento de vínculos permanentes entre las economías e infraestructuras de Afganistán y del Asia central soviética. En 1982 se inauguró la primera carretera y puente sobre el río Amu Darya, con ramales en territorio afgano que facilitan corrientes comerciales y movimientos militares. Los soviéticos también acaban de concluir un mapa muy detallado de las prospecciones geológicas y mineralógicas del país (un proyecto emprendido por expertos soviéticos desde principios de los años sesenta). La URSS se ha comprometido seriamente con proyectos de desarrollo petrolero en el norte de Afganistán, en los campos de Angot y Ak Darya, así como otros de cobre, bauxita, cromo y hierro. El gobierno de Kabul negó energicamente en 1984 que los soviéticos estuvieran implicados en proyectos de extracción de uranio en Afganistán. Para la primavera de 1984 existían 170 proyectos afganos con asistencia soviética. El campo socialista proporciona 93% de la asistencia externa de Afganistán, y en un discurso con motivo del

sexto aniversario de la "Revolución de Abril", en 1984, Karmal declaraba que gracias al apoyo de los países socialistas el PNB de Afganistán había recobrado su nivel prerrevolucionario y que, por lo tanto, la prosperidad del pueblo afgano dependía de sus vínculos con los Estados comunistas en todas las esferas: política, económica, comercial, cultural, científica y tecnológica. En los últimos 25 años más de 70 000 afganos se han educado o entrenado en la URSS y en 1984 había más de 6 000 estudiantes afganos en instituciones soviéticas de altos estudios.

La resistencia afgana

1) *Fragmentación de la resistencia*

Una de las principales características de la resistencia afgana contra el régimen central de Kabul, apuntalado por la ocupación por fuerzas soviéticas, es su heterogeneidad y fragmentación. Así, tenemos un mosaico de la resistencia, a veces muy desunido, que representa un amplio espectro político: el *Hizb e-Islami* y el *Jami'at e-Islami* como opciones integristas islámicas radicales influidas por el régimen jomeinista de Irán; el Movimiento de la Revolución Islámica, de corte integrista más conservador; el *Intiqlab*, con una tendencia reformista moderada. Por otra parte, actuando con menos coordinación política y cooperación militar están el Frente Nacional de Liberación de Afganistán, de tendencia monarquista, y el *Paiman Hebad Islami*, un grupo islámico conservador. Además, la resistencia tiene su cabeza logística en Peshawar, entre la población de refugiados asentados en Paquistán, lo que implica problemas operativos con la guerrilla que actúa en el interior del territorio afgano. La dinámica de relaciones entre los distintos grupos y en la formación de frentes tiende a ser inestable y coyuntural. El Islam y la lucha contra la intervención extranjera han sido los elementos focales de la posible unificación de la resistencia afgana dividida por separaciones regionales, ideológicas, sectarias, étnicas y personalistas. Por otra parte, dentro del marco de unificación propuesto por el Is-

lam, se da una dicotomía básica entre concepciones progresistas o reaccionarias de la fe. Ante la realidad de convocatoria social del Islam, la propia izquierda ha tratado de integrar elementos islámicos a su discurso de cambio.

2) *Las bases sociales de la resistencia*

Resulta difícil caracterizar la resistencia afgana, a la que se ha querido hacer ver meramente como un levantamiento de campesinos reaccionarios o bien como una verdadera "lucha popular de liberación nacional". La globalidad del fenómeno excluye la mera sublevación campesina, pero por otra parte es casi imposible definir la "nación afgana", ya que para la mayoría de los afganos el Estado siempre ha sido visto como un accidente histórico definido por la hegemonía tribal *pushtun*, y como un aparato de extracción de impuestos y de conscripción dirigido contra el campesinado. Por otra parte, el encuadre político de la resistencia se inscribe en el marco más global del fenómeno de difusión y repunte del integrista islámico en vastas regiones del mundo.

Los nuevos nacionalistas afganos han tenido un coto importante entre las grandes familias tribales *durrani* del sur, vinculadas históricamente con la élite del antiguo régimen, que incluye asimismo la *intelligentsia* formada en Occidente y una tecnocracia estatal incipiente. Entre el campesinado, los nacionalistas tienen su liderazgo entre los terratenientes, notables y comerciantes rurales. Estos grupos se han expresado en dos frentes de resistencia: el Frente de Liberación Nacional de Sebghatullah Mujadidi, que a partir del núcleo de una cofradía sufí ha congregado a grandes familias tribales nacionalistas, y el Frente de Liberación de Sayyid Gaylani, con tendencias laicas y monarquistas, e inserción entre las tribus *pushtun*. Estos frentes basan su organización en relaciones de clientela político-clánica o familiar, y en redes de influencia a través de las asambleas tribales (*jirga*).

La izquierda está representada en la resistencia por movimientos pequeños provenientes de escisiones maoístas de la organización *Shole ye Jawid* ("Llama Eterna"), de origen urbano, como la *Sama* y la *Raha'i*. Su núcleo se da principal-

mente entre jóvenes intelectuales de Kabul que pretenden insertarse en los “frentes libres” de las zonas tribales, y para ello han dejado muchas veces de invocar al marxismo.

Las bases tribales de la resistencia en el sur son laicas en cuanto se oponen a un retorno a la ley religiosa (*shariat*) que iría en contra de su código de derecho consuetudinario tribal. Los nacionalistas laicos basan su estrategia en la constitución de una asamblea nacional representativa a partir de las *jirgas* tribales que existen a nivel local, y en la movilización de “frentes libres” cuya federación sería la base eventual de un ejército de liberación nacional. Estos fundamentos estratégicos necesariamente reflejan el fraccionamiento tribal y las luchas clánicas por el poder.

En las zonas no tribales, principalmente en el norte del país, se ha observado un debilitamiento gradual del poder económico y político del antiguo notabilato tradicional, y se perfila un nuevo liderazgo de jóvenes intelectuales integristas, viejos cuadros religiosos y “comandantes” (caudillos militares) que imponen un encuadre netamente islámico a la resistencia. Los cuadros islámicos nuevos que militaron durante el antiguo régimen, como el Movimiento de los Jóvenes Musulmanes, han tenido mucha influencia de los movimientos integristas de fuera de Afganistán, y se expresan en grupos como el *Hizb e-Islami* de Bulbuddin Hekmatyar (con la mejor organización al principio de la guerra, pero con una influencia declinante ahora por su política sectaria) y el *Jami'at e-Islami* del profesor Rabbani (un movimiento muy dinámico entre la etnia *tajik*). Los cuadros religiosos viejos están representados por los *mullahs*, *ulama'* y *gadís* (jueces religiosos) con mucho arraigo popular a nivel local. Los “comandantes” son líderes guerrilleros formados en la lucha, que han demostrado sus habilidades de mando, y articulado a los intelectuales y a los religiosos en la resistencia armada. Otras organizaciones son el *Hizb e-Islami* de Yunus Khales, el *Harakat e-Engelab e-Islami*, de Muhammad Nabi Muhammadi, y el *Shura e-Ettehad*, del *mullah* Sayyid Beheshti (que refleja el particularismo sectario shi'ita de los *hazara*).

3) *El proyecto islámico de la resistencia*

Independientemente de la racionalidad, unidad o coherencia formal de los planteamientos de los integristas en la resistencia afgana, hay que destacar su importancia en términos de poder de convocatoria, de representatividad de una gran mayoría de la muy fragmentada sociedad afgana, y de capacidad de desarrollar una prolongada lucha de desgaste contra las fuerzas combinadas del gobierno central y los soviéticos. El Islam impregna totalmente la visión del mundo del afgano medio. La resistencia adquiere así las características de una "guerra santa" (*jihad*, por lo que los guerrilleros se llaman a sí mismos *mujahedin*, "los que hacen la guerra santa"), que le da el sentido trascendente de una "salvación" a la masa pauperizada del pueblo afgano. Si bien los referentes ideológicos de los jóvenes intelectuales integristas afganos son muy similares a los que se dieron en el proceso revolucionario iraní —'Ali Shariati, Sayyid Qutb, Mau'ududi, etc.—, el encuadre sociológico de Afganistán es muy diferente del de Irán. En Irán, el clero constituía una verdadera estructura eclesiástica muy jerarquizada, bien organizada y con vocación de poder. El clero afgano, adhiriéndose al clásico patrón del Islam sunnita (Irán es shi'ita), carece de una estructura eclesiástica orgánica y corporativa autónoma y pujante. El núcleo central de la revolución iraní se daba entre masas urbanas marginadas socialmente y alienadas culturalmente, mientras que en Afganistán la resistencia se da principalmente a partir de un campesinado conservador que no ha perdido su identidad tradicional. Una excepción a todo esto es el clero shi'ita de la etnia *hazara* que siempre ha mantenido vínculos estrechos con el shi'ismo iraní por haber pasado por las escuelas teológicas de Qum. El régimen teocrático de la República Islámica de Irán ha servido de modelo para la organización que los *mullabs* shi'itas afganos se han dado en el Consejo Revolucionario de Hazarajat.

En última instancia, el Islam impregna la totalidad de la identidad y cultura nacional afgana, e incluso antes de la intervención soviética constituía el único elemento cultural común de la mayoría de las etnias afganas. Entre todos los grupos de la resistencia afgana, incluyendo los sectores de la

izquierda, no hay ninguno que no formule su discurso de resistencia y su proyecto en términos que no sean islámicos.

Tal vez el sector de la resistencia que mejor representa las corrientes integristas islámicas afganas es el que se halla en el exilio en Paquistán. Recibió inspiración del grupo panislámico de la Hermandad Musulmana (con orígenes históricos en Egipto), así como de los reformistas ortodoxos *wahabitas* de la península arábiga, pero antes de 1979 carecía prácticamente de una organización estructurada. Los unía una oposición contra la monarquía, contra el clero tradicional que seguía la escuela legal islámica *hanafí*, contra varias sectas místicas sufíes, y contra los “modernizadores”, tanto occidentalizantes como comunistas. Además, se habían alienado a la poderosa jerarquía tribal de los *pushtun* (el grupo étnico más importante de Afganistán), al pedir la abolición del tribalismo por ser éste incompatible con su concepción de un Estado islámico centralizado. La llegada de los comunistas afganos al poder suscitó una profunda preocupación entre los grupos integristas islámicos del Medio Oriente, y del Golfo en particular, que asimilaron el problema afgano como propio y aprovecharon la oportunidad que les dieron los refugiados afganos en Paquistán para construir un proyecto que suplantara eventualmente todo el orden social y la jerarquía política existentes en Afganistán. Así, se alienaron de los sectores de la resistencia que no eran integristas y que encabezaban dignatarios tribales *pushtun*, clero sufí y *hanafí*, tecnócratas occidentalizados y oficiales identificados con la monarquía, y otros elementos de la estructura social tradicional. Casi toda la asistencia militar proveniente de los Estados Unidos y Arabia Saudita ha sido canalizada hacia los rebeldes a través de oficiales paquistanos cercanos al movimiento integrista *Jam'at e-Islami* de Paquistán, considerado como un elemento clave de apoyo al régimen de Zia ul-Haq. A su vez, el *Jam'at* opera en estrecha colaboración con el líder de los *wahabitas* Ben Baz.

Las siete facciones integristas islámicas de la resistencia, con enemistades entre sí, han intentado periódicamente establecer una organización unificada, presionadas por su patrocinador saudita. Sin embargo, esta unificación se limitaría a las tendencias integristas de la resistencia exiliadas en Afganis-

tán, y no consideraría otros tres grupos no integristas en el exilio, ni los 65 “comandos de campo” que encabezan grupos tribales de lucha en el interior de Afganistán. Los integristas también se han opuesto a los intentos de unificación de la resistencia que ha llevado a cabo al ex rey Zahir Shah en los últimos años, y los han obstaculizado. Sin ningún interés en un retorno a la monarquía o un papel político personal, Zahir Shah ha intentado crear un Frente Nacional Unificado Afgano que reúna absolutamente todas las facciones de la resistencia. La iniciativa de Zahir Shah tuvo una buena acogida tanto en el interior del país como entre los refugiados, ya que implicaría una mayor cohesión militar y un vehículo de negociación con la URSS y con los comunistas afganos, pero abortó por el rechazo de los integristas que monopolizan la mayor parte del apoyo externo a la resistencia. La actitud de los integristas hacia Zahir Shah se explica parcialmente por el hecho de tener una fuerte representación de elementos *tajik* en sus filas, mismos que están resentidos por el hegemonismo *push-tun* de la vieja monarquía afgana. Por otra parte, el frente propuesto también implicaría alguna forma de compromiso con los comunistas afganos para allanar la retirada soviética. El proyecto islámico de los integristas les impide en lo absoluto avenirse con cualquier fuerza política de Afganistán que no esté orientada a un Estado islámico centralista. Asimismo, prevén una lucha prolongada de desgaste que podría implicar varias generaciones en la contienda por el poder en Afganistán. Paradójicamente, ni Moscú ni Washington le han prestado mucha atención a la postura “moderada” y conciliadora de Zahir Shah.

Perspectivas

1) *El balance en 1986*

En 1986 la guerra en Afganistán cumplirá seis años, después de haber entrado desde 1985 en una nueva fase álgida, con la escalada del apoyo armamentista a la resistencia por los EUA, China y Arabia Saudita, por un incremento de las fuerzas so-

viéticas actuantes en Afganistán de 110 000 a 150 000 efectivos, por una atonía política en las provincias afganas y por la parálisis gradual de las negociaciones auspiciadas por la ONU. El aumento en el monto y la sofisticación del armamento (hasta 1984 exclusivamente soviético) suministrado a los *mujahedin* ha presionado a los soviéticos a incrementar su intromisión militar en Afganistán y a endurecer su posición frente a Paquistán para bloquear los suministros a la guerrilla. A pesar de que la resistencia afgana se halla ahora militarmente mejor equipada que nunca, políticamente sigue bastante desarticulada e imposibilitada para competir con el gobierno de Kabul en el sentido de establecer su propia administración en las "áreas liberadas". En contraposición, el régimen del PPDA ha cerrado filas, eliminando paulatinamente sus tendencias faccionalistas, y consolidando sus infraestructuras políticas y administrativas en la "ciudad-Estado" de Kabul y otros enclaves en el país. Supuestamente, la guerrilla controla 80% del territorio nacional, según fuentes occidentales, pero hay que notar que siempre ha tenido poca autoridad el Estado central sobre la mayoría del país, tradicionalmente gobernado por caudillos y caciques étnicos y tribales, que ahora en la resistencia siguen compitiendo entre sí. Por otra parte, en su último año en el poder, a pesar de la impopularidad de la ocupación soviética, Babrak Karmal era visto como un comunista "moderado" que deseaba borrar los errores extremistas de Hafizullah Amin. De hecho, el régimen evitó atacar directamente las propiedades y prerrogativas de los dignatarios islámicos, los comerciantes *bazaaris*, y los pequeños y medianos terratenientes, permitiéndole al campesinado poseer hasta seis hectáreas. La imagen que los comunistas afganos tienen de sí mismos es de dedicación patriótica a la causa nacional, como "modernizadores" que siguen la tradición reformista del rey Amanullah, que gobernó Afganistán en los años veinte. Si bien el PPDA cuenta oficialmente con 95 000 miembros, la realidad parece apuntar a 15 000 activistas dedicados.

Lejos de ofrecer un foco de legitimidad distinto del régimen de Kabul, los grupos de la resistencia siguen fragmentados en tendencias étnicas, tribales y personalistas. Se observa una polarización creciente entre los grupos integristas islámi-

eos exiliados en Paquistán y los “comandantes de campo” que luchan en el interior de Afganistán y que cargan prácticamente con todo el peso de la resistencia.

2) *El nuevo cambio del régimen en Kabul*

En febrero de 1986, en el XXVIII Congreso Internacional de Partidos Comunistas en Moscú, Babrak Karmal manifestaba públicamente su agradecimiento a la hermandad desinteresada de los soviéticos en la ayuda para la erección y defensa de una nueva sociedad en Afganistán. Dos meses después, en abril de 1986, Karmal se vería forzado a renunciar al poder “por razones de salud” y bajo fuertes presiones soviéticas; retendría un puesto como representante del Consejo Revolucionario, sin ninguna trascendencia política. Al respecto, se especularía que para el líder soviético Mikhail Gorbachev la presencia de Karmal en el poder en Kabul era un obstáculo para la nueva ronda de negociaciones con la administración Reagan, a fin de dar una “solución política” al problema de Afganistán. Karmal sería la víctima propiciatoria que, junto con un retiro parcial de tropas soviéticas, allanaría el camino hacia una negociación entre Moscú y Washington, dando la imagen de que en última instancia el problema afgano era una guerra civil netamente interna. Según el modo de ver soviético, Karmal había fracasado, al igual que Taraki y Amin, en ampliar la “base social” de la revolución afgana por “medios nacional-democráticos populares”. Moscú pretendió una nueva cosmética “reformista” del régimen que apuntalaba en Kabul para darle mayor inserción y legitimidad. Para principios de 1987 se había previsto, después de elecciones populares que sancionaran la nueva constitución, una separación de los cargos de jefe de partido y jefe de Estado. En el proyecto original de cambios en la estructura de poder, Karmal fungiría en el cargo ceremonial de presidente, y el ex jefe del servicio secreto, Najibullah, asumiría la secretaría general del PPDA. Estos cambios internos coadyuvarían a la negociación de Ginebra para el retiro soviético de Afganistán, en marcha desde 1982. Moscú condicionaría su retiro en un periodo de 18 meses a un cese de la ayuda por parte de Paquistán a la resistencia af-

gana (Paquistán, por su parte, estipulaba un plazo de sólo seis meses para el retiro soviético).

Hacia fines de abril de 1986, en un ambiente de incertidumbre política por las largas ausencias de Karmal en Kabul por razones de tratamiento médico, comenzaron a resurgir las *vendettas* faccionales entre elementos de *Parcham* y *Khalq*, estos últimos planeando su revancha contra los primeros por las purgas de que fueron víctimas. Muhammad Gulbsay, ministro del Interior, pedía la caída de Karmal, para dar paso a una mayor participación en el gabinete de gobierno. Después de duras, y a veces violentas, luchas intestinas en el Comité Central del Partido en torno a la sucesión de Karmal, la mediación directa del embajador soviético en Kabul, Tabejev, logró imponer al general Najibullah como candidato de Moscú. Najibullah, apodado “el Toro”, había demostrado sus capacidades como jefe de seguridad por una combinación de dureza implacable y hábil diplomacia desplegada en sus contactos con las distintas facciones revolucionarias de Kabul.

3) *La política norteamericana hacia Afganistán*

La administración del presidente Reagan ha utilizado la crisis afgana y la intervención (“invasión”) soviética en Afganistán como piedra de toque para su política “neoglobalista”, que ha recrudecido la tensión bipolar entre ambos bloques de poder. Sobre esta base se ha creado un aparente consenso en el gobierno norteamericano, que considera las acciones encubiertas como una práctica de rutina más que como un instrumento excepcional en la conducción de las relaciones exteriores de los EUA. Ya desde la administración Carter existían proyectos secretos de aprovisionamiento de armas a los insurgentes afganos, con el fin de desestabilizar el que se considera como un “régimen títere de la URSS”. Desde enero de 1980, EUA proyectó una acción coordinada con Egipto y con la República Popular China para el envío de armamentos a los rebeldes afganos. Para la primavera de 1981, el suministro alcanzaba el monto de 100 millones de dólares, convirtiéndose en la operación paramilitar más importante supervisada por la CIA desde el fin de la guerra de Vietnam. Gradualmente, la sofistica-

ción del armamento que se suministraba a los “genuinos luchadores por la libertad” fue en aumento, incluyéndose desde 1983 armamento pesado. Para 1984 la administración Reagan había obtenido la participación de Arabia Saudita en el financiamiento del rearme y entrenamiento de los *mujahedin* afganos, y en 1985 el programa militar de ayuda a la resistencia había llegado a los 250 millones de dólares.

Uno de los argumentos soviéticos para respaldar la intervención de la URSS en Afganistán sostiene que se trata de una respuesta a una interferencia norteamericana, china y paquistanesa. Si bien el argumento no justifica la intervención soviética, sí tiene un elemento de verdad, en la medida en que el entrenamiento y aprovisionamiento de rebeldes constituiría una “provocación” en un territorio de la esfera geopolítica y estratégica soviética. Hay indicios de que desde marzo de 1979 ya existían vínculos importantes entre la CIA y los rebeldes afganos, y de que éstos recibían entrenamiento de personal militar chino en territorio paquistanés. Entre las motivaciones que se pretende atribuir a la intervención soviética en Afganistán —como que forma parte de un avance hacia el Golfo Pérsico que constituye una amenaza directa al suministro más importante de petróleo para Occidente, o bien que se trata de una reacción defensiva ante el avance del integrismo islámico en el Asia sudoccidental, incluyendo regiones de la propia Unión Soviética en el Asia central—, cabe destacar la que veía al depuesto líder comunista Hafizullah Amin como un “Tito en potencia”, quien tarde o temprano se volcaría hacia Occidente. El argumento de la interferencia norteamericana antes de la intervención soviética en Afganistán debe sopesarse a la luz de todas estas posibles explicaciones.

4) *Las posibilidades de una retirada soviética de Afganistán*

Cabría preguntarse hasta qué punto la política norteamericana de apoyo encubierto a la guerrilla afgana está encauzada a lograr un retiro soviético de Afganistán o a empantanar a los soviéticos en una prolongada guerra de desgaste que se convertiría en el “Vietnam de la URSS”. Se trataría de hacer que la intervención soviética en Afganistán fuera lo más costosa

posible, intentando a la vez bloquear cualquier arreglo negociado entre las partes. Por otra parte, el gobierno norteamericano dio claros indicios de que el proceso de negociación quedaría desbloqueado si se remplazara al régimen de Karmal, demasiado comprometido con la ocupación soviética, lo que subyace en la erección del nuevo régimen afgano de Najibullah. Tal vez la mejor prueba de las intenciones norteamericanas radique en su actitud hacia las negociaciones que, bajo los auspicios de la ONU, sostienen Afganistán y Paquistán desde 1981, y que ha implicado a terceras partes en el conflicto. Hacia mediados de 1982, los ministros de Relaciones Exteriores de Afganistán y Paquistán concordaron en que cualquier arreglo futuro debería incluir: una agenda para el retiro soviético; garantías mutuas de no promover intervenciones armadas; un acuerdo por parte de los EUA, la URSS y China de respaldar estas garantías, y los arreglos necesarios para el retorno de los refugiados afganos. Después de ciertas reservas al principio, los soviéticos han manifestado públicamente su apoyo a las iniciativas de la ONU. En junio de 1983 el ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, Andrei Gromyko, le aseguró a su homólogo paquistaní, Sahabzada Yaqub Khan, que los soviéticos se retirarían con el cese simultáneo del apoyo que se les estaba dando a los rebeldes afganos. Los soviéticos parecen haber allanado el obstáculo logístico del gobierno de Karmal con su remoción del poder para progresar en las negociaciones. Cabría preguntarse, de nueva cuenta, si el régimen de Najibullah tendrá la fuerza, apoyo popular o legitimidad para sobrevivir a la retirada soviética y al retorno de varios millones de refugiados potencialmente hostiles. Los EUA tendían a bloquear el proceso de negociaciones al tratar de poner precondiciones acerca de las características del régimen que quedaría en el poder en Afganistán al retiro de los soviéticos. Por otra parte, a los paquistanos se les ha impedido llegar a un acuerdo separado con los soviéticos por verse comprometidos en un paquete de asistencia económica y militar de 3 200 millones de dólares pactado con Washington. Desde 1984 se han estancado las negociaciones encaminadas al retiro soviético por tratar de poner condiciones que impedirían la supervivencia política y militar del régimen afgano existente. La URSS se

encuentra ante un dilema bastante problemático: si se quedan en Afganistán no podrán pacificar el país sin recurrir a una gran escalada militar, y si se retiran, posiblemente caerá el régimen que apuntalaban. Todo esto destaca la importancia del cese simultáneo del apoyo externo a la resistencia afgana. Si bien para el ejército soviético, con tres millones y medio de elementos regulares, los 10 000 soldados muertos y los 20 000 heridos en Afganistán (de una fuerza interventora de casi 150 000 a principios de 1986) no representa una sangría importante en términos relativos, y la intervención en Afganistán ha sido una verdadera oportunidad para adquirir experiencia de combate y para probar nuevos armamentos, los costos en términos de "moral interna" han sido muy elevados para la URSS. En diciembre de 1985 el diario *Pravda* publicaba un editorial que reflejaba una postura oficial en el sentido de que Moscú ya se encontraba preparado para aceptar un gobierno afgano de coalición a partir de un diálogo amplio que expandiera "la base social de la revolución" (incluyendo elementos hostiles a ella), para dar pie a un renacimiento nacional de Afganistán. *Pravda* reconocía que en el pasado se habían cometido errores graves por un celo reformista radical que no había tomado en cuenta las condiciones reales del país, sus tradiciones nacionales y especificidades sociales. Se hacía un llamado a los sectores empresariales y a los líderes religiosos afganos a unirse a este diálogo político. El artículo de *Pravda* coincidía con la visita a Moscú de una delegación china de muy alto nivel para dar comienzo a una distensión sinosoviética, como producto del pragmatismo político tanto de Deng Xiaoping como de Gorbachev. Los chinos pretendían tres condiciones para que se diera el acercamiento con la URSS: que los soviéticos redujeran sus acervos militares en las fronteras con China, que restringieran el papel de Vietnam en el sudeste asiático, y que se retiraran de Afganistán. Las presiones en pro de un cambio sustancial en la política afgana de la URSS no provienen tanto del ambiente interno, ni del ejército, como de ciertos círculos del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Comité Central del Partido que han hecho un análisis detallado de los costos diplomáticos de la aventura afgana. Parecería que Gorbachev ya no está interesado en asumir los eos-

tos diplomáticos de la intervención soviética en Afganistán en desmedro de su nueva política asiática que coloca el acercamiento a China como elemento central.

SUGERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahmed, Feroz, "Afghan Communists and Rural Contradictions", *Merip Report*, núm. 89, julio-agosto de 1980.
- Arnold, Anthony, *Afghanistan; the Soviet Invasion in Perspective*, Stanford, Hoover Institution Press, 1985.
- Blancarte, Roberto, "Invasión soviética y resistencia popular en Afganistán: una interpretación histórica" (tesis de licenciatura), México, El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 1981.
- Crespo, Horacio, "Moscú contra el Islam: la crisis afgana", *Revista de la Universidad*, vol. XXXVI, núm. 9, enero de 1982.
- Chaffetz, David, "Afghanistan in Turmoil", *International Affairs*, Londres, enero de 1980.
- Dastarac, Alexandre y M. Levant, "What Went Wrong in Afghanistan", *Merip Report*, núm. 89, julio-agosto de 1980.
- Dupree, Louis, *Afghanistan*, Princeton, Princeton University Press, 1980.
- , "Afghanistan Under the *Khalq*", *Problems of Communism*, julio-agosto de 1979.
- Gregorian, Vartan, *The Emergence of Modern Afghanistan*, Stanford, Stanford University Press, 1969.
- Halliday, Fred, "Revolución en Afganistán", *Coyoacán*, vol. III, núms. 7-8, enero-junio de 1980.
- , "War in Afghanistan", *New Left Review*, núm. 119, enero-febrero de 1980.
- Newell, Nancy Peabody y Richard S. Newell, *The Struggle for Afghanistan*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.
- Poullada, Leon B., *Reform and Rebellion in Afghanistan, 1919-1929*, Ithaca, Cornell University Press, 1972.
- Roy, Olivier, "Afganistán: ¿guerra de liberación nacional o guerra santa?", *Le Monde Diplomatique* (en español), marzo de 1982.
- Tapper, Richard, *The Conflict of Tribe and State in Iran and Afghanistan*, Londres, Croom Helm, 1984.